

RELATO CORTO

TÍTULO

CUANDO EL CUIDADO CAMBIA DE SITIO

TEXTO RELATO

Durante veintisiete años habité un territorio laboral donde el tiempo tenía bordes nítidos y los riesgos podían tocarse antes de volverse realidad. En salud laboral, los trabajadores llegaban enteros, erguidos, con la mirada firme de quien se sabe apto para su oficio.

Había cuidado a carteros con lumbalgias épicas, cigarreras con manos de hierro, funcionarios de toda índole —desde administrativos hasta directores generales—, pasando por agentes forestales capaces de convertir una simple torcedura en un relato digno de expedición, o trabajadores de un hospital durante la pandemia. Y lo había hecho siempre desde ese territorio en apariencia sólido y previsible.

Aunque la pandemia me enseñó que incluso en los territorios más conocidos el cuidado podía mutar, en salud laboral todo era —normalmente— predecible: procedimientos claros, riesgos controlados, entornos seguros y revisiones periódicas que marcaban el ritmo como un metrónomo.

Feliz, protegía a cada trabajador como si fuera único, movida por un diapasón interior empeñado en armonizar el bienestar ajeno.

Pero llegó un día en que el horizonte se abrió, y dije sí. Sí a pasar de un mundo predecible a otro ondulante: la supervisión en un hospital de cuidados intermedios. No sabía que cruzaba un umbral; que dejaba atrás el sonido suave de papeles medidos para entrar en el lenguaje vivo de los pasillos, donde cada día madrugaba distinto.

Nada más atravesar la puerta, alguien me recibe con una urgencia peculiar:

—El aire de la habitación doce ha muerto.

“¿Muerto?”, pensé.

En salud laboral, el aire acondicionado no moría: se revisaba. Aquí parecía tener ciclo vital propio.

La palabra “aire” adquirió peso. Ya no era una incidencia técnica: era el clima donde reposaban cuerpos frágiles.

Y la mañana, como si quisiera presentarse sin timidez, continuó desplegándose: reuniones que aparecían unas detrás de otras como pájaros inquietos, timbres marcando el ritmo de un corazón colectivo, una puerta que se negaba a cerrar y un carro de curas que hablaba en quejidos metálicos.

A media mañana, María —enfermera con radar para detectar problemas antes de que explotaran— apareció resuelta:

—Falta material. Tienes que revisar el fungible.

—¿Qué falta exactamente?

—Todo. Y si no falta, está a punto de faltar.

Apenas tuve tiempo de procesarlo cuando el agua del baño estalló en un géiser espontáneo. Del charco emergió Pedro, el celador más filosófico de la unidad.

—Ya lo decía yo —murmuró, observando el chorro—: jamás se debe decir “hoy está tranquilo”. Es la frase talismán del desastre.

Entre ese torbellino descubrí algo esencial: nadie esperaba que solucionara el universo. Solo querían que estuviera. Que acompañara. Que priorizara.

Ese era otro tipo de cuidado, uno que no aparece en los manuales: liderar la trama silenciosa que sostiene el trabajo de quienes están junto al paciente.

Cuando el programa informático decidió quedarse inmóvil, suspendido como un pez en agua densa, comprendí que aquel lugar no se regía por hechos aislados, sino por una constelación de pequeños sucesos que pedían ser interpretados con oído fino.

La tecnología dormía. El equipo, no.

El hospital tenía respiración propia: un pulso, un humor, una manera particular de amanecer.

Y en ese nuevo paisaje descubrí mi papel renovado: ya no era prevenir, sino acompañar. Ya no cuidaba a los sanos, sino a quienes sostenían a los vulnerables.

Un día encontré a un enfermero detenido en mitad del pasillo, como si hubiera perdido su compás interno.

—Hoy me siento desbordado —descargó sin adornos.

Me quedé a su lado, en silencio.

—No hace falta llegar a todo —susurré—. Basta llegar bien a lo que importa. Respira aquí. Yo cubro mientras recuperas tu centro.

En ese gesto sencillo —quieto, íntimo, invisible para quien pasara de largo— latía la versión más honda del cuidado.

La semana del caos perfecto

Llegó como llegan las mareas: sin pedir permiso.

Un corte de agua general.

Tres bajas inesperadas.

La climatización convertida en sauna.

Un pedido de farmacia extraviado en el limbo de lo urgente.

El sistema informático congelado como una luna detenida.

Y dos reuniones simultáneas que, por obra de magia, requerían mi presencia.

Un guion perfecto para el desastre.

Sin embargo, la unidad no se quebró.

Se reorganizó.

Se alzó con esa fuerza silenciosa que solo aparece cuando la vocación se mezcla con el cansancio y, aun así, sigue diciendo sí.

Me descubrí coordinando con la naturalidad de quien mueve velas en medio del viento:

—María, avisa a informática.

—Pedro, busca a mantenimiento o invéntate caminos.

—Yo despejo el resto.

Nada fue perfecto.

Pero todo avanzó.

El cuidado real no necesita perfección: necesita presencia.

El regreso del sosiego

El viernes, la unidad bajó el volumen.

Los pasillos suspiraban en un ritmo más lento; los carros de medicación navegaban como barcos pequeños regresando a puerto; la temperatura era amable y los sonidos típicos traían una sensación de bienestar.

Me quedé un instante anclada en el control, dejando que el murmullo del hospital me atravesara. Aquella sonoridad no pertenecía a mi pasado laboral: era más áspera, más inestable, más llena de un asombro que todavía estaba aprendiendo a nombrar.

Entonces apareció María, con sus pasos firmes y su sabiduría de años. Miró el pasillo que ya se serenaba y preguntó:

—¿Qué tal?

La pregunta flotó en el aire, ligera y profunda. Respondí con una sonrisa que contenía gratitud, cansancio y certeza.

Había llegado a un lugar donde el cuidado tenía otra textura, otro color, otro ritmo. Un lugar donde lo cotidiano guardaba poesía. Donde una puerta que no cierra o un programa que se congela conviven con la dignidad del acompañamiento.

Ese territorio imperfecto, cálido y palpitante. Donde cada día empieza distinto.

La supervisión no era un entorno seguro, protocolizado ni previsible; era, más bien, una actividad laboral de alto riesgo. Pero también un privilegio.

Y supe —con la misma certeza con la que antes anticipaba riesgos invisibles y sostenía la salud de quienes trabajaban— que mi forma de cuidar sabía vivir allí.

Porque cuando el cuidado cambia de sitio, la vocación aprende a cambiar con él.